

ñalada en el párrafo anterior— que la historia criminal de Jacinto y su familia estaba decidida desde su génesis, acuden a la memoria otras obras propuestas en momentos más bien cercanos y que, del mismo modo, dado que no hay otra opción plausible, suponen una especie de risueños y terminantes diálogos de muertos: me refiero a *Pedro Páramo* y *Cien años de soledad*. Por lo visto, entonces, no hay todavía, para nosotros, una segunda oportunidad.

ANTONIO
SILVERA ARENAS

Lo sencillo es lo opuesto de lo simple

Esta noche de noviembre

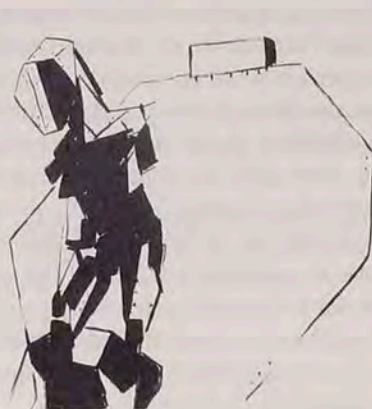
Benhur Sánchez Suárez
Editorial La Serpiente Emplumada,
Bogotá, 2.ª ed., 2003, 63 págs.

Lo sencillo es lo opuesto a lo simple. Éste último, al menos desde la creación literaria, lo observamos como el texto sin composición, de hechura fácil, cuya lectura no revisite ninguna complicación. Lo sencillo, por el contrario, visto a partir del libro *Esta noche de noviembre*, es el dominio de un estilo literario que carece de galas retóricas y que expresa las ideas de forma natural y comprensible, provenientes de anotaciones casi cotidianas.

Me refiero a un testimonio sincero, que dice a través de las páginas lo vivido y lo que siente el escritor, luego de un tiempo dedicado a la tarea de la invención; un ejercicio empecinado, lleno de vigiliadas y de un ritmo espiritual muy particular.

“*Esta noche de noviembre* es la confesión de oficio que su autor realiza después de treinta años de labor literaria. Se remonta a su infancia para descubrir las claves de su vocación como escritor. A lo largo

de este libro nos revela las diferentes etapas que ha atravesado y las virtudes que, según él, debe poseer un escritor”, manifiesta el editor.



Aunque se enfatiza que no es una memoria, el libro está muy cerca de ser una autobiografía acompañada con un poco de ficción, a la manera de una crónica de sucesos de lo que el autor ha sido testigo. Un relato personal donde encontramos la verdad desnuda, una historia dotada de veracidad, tal como lo dice en el primer capítulo:

¿Y si conversamos, Laura? Siento esa necesidad. O, mejor, tú me escuchas y yo me hago a la idea de tenerte al frente, como antaño, para desahogarme. ¿No crees que sea bueno desnudarme ahora para revisar mi vida con ánimo enriquecedor, aunque corra el riesgo de hundirme en los lamentos o en amargura de la insatisfacción?

Tal desnudez proviene de un gesto meditativo que intenta comprender las cosas, un modo nada dogmático ni ceñido a teorías definitivas. Procura, mejor, a través de la sugestión, la asociación de ideas y estados anímicos, revelar un lenguaje ascético propio de la confesión. Es menester apuntar que dicha manifestación lleva un matiz subjetivo, de juego intelectual para sacar conclusiones, de apreciaciones surgidas del espíritu. La confesión roza más con la intimidad, así ella demande prudencia y contención. Nos cuenta el autor de la necesidad de responder a un oficio para “eludir la amargura

de una vida prestada y sin identidad”; la feliz escogencia de la literatura pese a los grandes desprecios e insultos; la decepción ante un comentario de Raymond Williams que le da a su novela *El cadáver* una configuración netamente ideológica; el eco de este juicio que elaboraron comentaristas colombianos, los cuales “le hicieron coro y sepultaron para su posterioridad el verdadero significado de mis escritos”; la incomodidad con la razón establecida; la desazón frente a la arrogancia de muchos escritores, “actitud por completo extraliteraria”; el fastidio por el mundo onírico y la necesidad de otros rumbos; la configuración de un mundo personal, “que lo recorro a mis anchas y manejo como quiero”; la angustia de querer ser distinto a los que sostienen la apariencia, quienes “son ricos en la demagogia y bastante torpes cuando escriben [...] o son bellas personas y pésimos creadores”; el deber de ser sincero con los demás, ya que “si se es amigo, uno debe decirle por qué lo que escribe es bueno, o por qué es malo, cuando no lo descubra por sí mismo”; la incompreensión cuando entró a participar en el taller literario Contracartel en 1980, tal vez porque “entendidos, o desentendidos, no aceptaron que un escritor como yo, que ya había publicado varios libros, tomara parte activa en un taller de principiantes”; y por último, las decepciones que el autor lamenta: “Me fatigaría mucho, Laura, recobrar ahora las ingratitudes, las mezquindades y los olvidos que, como corolario de la amistad, surgen con fuerza poderosa”.

De ese tono veraz, muy familiar, surge la desenvoltura de un estilo que expresa hechos y pensamientos, sutiles y transparentes, no por ausencia de lecturas, sino debido a que desea imprimir a su texto un carácter de precisión y de ajuste, de suma claridad alrededor de las ideas o de los sucesos que cuenta, incluyendo el aspecto de la experiencia. Representa con frialdad, espontaneidad y sensibilidad, los recuerdos de un mundo vivido, haciendo acopio de lo estrictamente singular de su propia histo-

ria. El autor se incluye en lo necesario, pero a la vez inmiscuye a otros testigos cómplices de su memoria. Reconstruye en el relato los acontecimientos fundamentales de su vida y les brinda su visión singular. La remembranza está sometida a su barniz, a su tinta acentuada o mitigada según como observe lo sucedido.

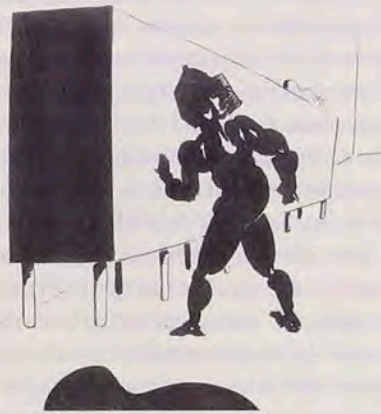
En estas páginas presenciamos el juego de los afectos, los cuales se manifiestan sin estridencias, pero con una entrañable posición ante la vida. El alarde no aparece, tampoco el orgullo de quien cavila sobre la lucha silenciosa de un destino individual.

El libro es un viaje en torno a sí mismo, un ensayo para conocerse y describirse por medio de unos cristales que observan el monólogo. Toda autobiografía es un compendio dispuesto de claves, misterios y huellas. Se trata de la historia personal vista desde la literatura, el reflejo de la existencia a partir de las lecturas, la escritura, los avatares de la creación, las influencias, las conmociones y los asombros. De las lecturas da fe el autor: de la biblioteca de su padre tomó *Barrabás*, de Pär Lagerkvist; *El juicio errante*, de Eugène Sue; *Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas; *María*, de Jorge Isaacs; *El alma del pasado*, de Arturo Suárez; *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde; *Los miserables*, de Victor Hugo; *La noche de San Bartolomé*, de Ponson du Terrail; *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert.

Sentencia el autor que “con los libros se me hacían más vivos los colores y los escenarios, donde mis héroes se debatían entre la vida y la muerte, de tanto imaginarlos me parecían familiares: D’Artagnan, Athos, Porthos y Aramis, cabalgaban conmigo por el valle de Laboyos; Emma y Charles Bovary retozaban en el Gran Hotel del pueblo o Barrabás se ocultaba en los guayabales del huerto y se confundía con las sombras para no dejarme jugar después de las cinco de la tarde”.

Los amigos también le acercaron a ciertas lecturas fundamentales: Luis Ernesto Lasso le obsequió *El cuarteto de Alejandría* de Lawrence

Durrell, un gran encuentro, dada su vecindad estética con su novela *La solterona*. Joaquín Peña Gutiérrez le presentó *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob, lo mismo que las teorías de Theodor Adorno. Cristóbal Valdelamar lo acercó a César Vallejo y a Raymond Queneau. Conoció a Georges Perec y algunas obras de William Faulkner, gracias a la recomendación de Rodrigo Parra Sandoval. Y otros cómplices y otros libros que lo llevan a decir: “Yo no sé si ahora sean mejores amigos los libros o quienes me los regalaron. De lo que sí estoy seguro es de que son mucho menos aquellos que se alejaron y mucho más los pocos que sufren con mis sufrimientos y se alegran sinceros porque continúo con la escritura como soporte de mi vida”.



Ésa es la justificación de la búsqueda del libro de Benhur Sánchez Suárez; no se trata de un análisis crítico sino de una compilación de su propia historia en la literatura que lo ha acogido, sostenido y consolado.

Todo escritor sabe que su memoria y su genealogía empiezan cuando se busca en los libros. Hablar de las obras que entroncan las historias secretas es hablar de él y de los que lo rodean, la justa y exacta medida del recuerdo.

Las circunstancias descritas dan fe de una época de la cual ha sido testigo y participante. Nos enseña que varias de sus novelas, como *A ritmo de hombre* (1979) y *Venga le digo* (1981), fueron escritas luego de leer o escuchar las noticias de un país gobernado por corruptos, “sabios

aprovechadores de la ignorancia de los demás”. Cuenta, además, cuando su padre fue preso por enarbolar ideas liberales, y que debido a ello tuvieron que emigrar de su pueblo natal: “Padecimos entonces el vaivén del desplazado, que hoy inunda de horror cada rincón de nuestra patria, bajo el rigor de la intolerancia y del fanatismo. En verdad, a cada uno nos ha tocado vivir una violencia parecida, aunque en el fondo pienso que es la misma”. En otra parte testimonia la situación de los años sesenta, una época difícil, cuando los escritores eran tildados de políticos o demagogos si reflejaban la realidad circundante. Calificativos que utilizaban para desacreditar autores y entorpecer futuras carreras literarias: “No se indagaba con nuestra obra en el arte de escribir, sino en quién era contestatario para tildarlo de izquierdista o comunista y desterrarlo de los olímpicos en que se dividía la patria literaria”.

El autor subraya que sus obras siempre han poseído un hondo contenido social y un deseo de explorar la conducta humana, intentando hallar la palabra justa, el tono y la perspectiva distinta para contar los hechos.

En el interior del relato se particularizan la anécdota y el aliento subjetivo, porque al fin y al cabo se trata de un libro testimonial y de evocación permanente que da cuenta de una breve mitología personal y una voluntad de reflexión.

Del autor conoceremos sus puntos de vista acerca de distintos problemas, de tensiones inacabadas, contando con el privilegio de la distancia temporal de los hechos. Alcanza a transmitirnos climas, ciertas atmósferas, pareceres, opiniones, sugerencias, impresiones, peripecias biográficas, pero sobre todo nos brinda una justificación existencial de su oficio, y con ello tal vez las claves temáticas de sus obras.

Aquí la escritura sirve como recreación de un trabajo vocacional y de una labor relatada de la mano del desenfado, pues sus líneas muestran un gran parecido a la conversación viva, entretenida e instructiva.

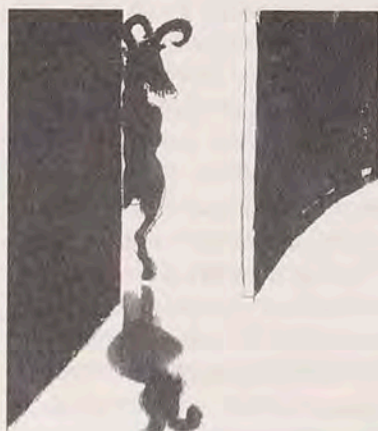
Es que el libro titulado *Esta noche de noviembre* procura, mediante la instauración de un diálogo, descubrir y revelar ciertos secretos personales, más allá de la confidencia, del asunto íntimo que se comunica. La conversación imaginaria tiene como interlocutor a Laura, su progenitora, quien parece ser la figura motivadora de su literatura y a quien evoca constantemente: "Tampoco estás tú, Laura, para que me sugieras otros giros, como cuando niño te mostraba mis papeles y en ti brotaba el acento justo, yo volaba sin freno y tú reías".

Ella es la depositaria del discurso, la disculpa para explayar algunas preocupaciones éticas y estéticas: la insatisfacción como motor de todo crecimiento, el manejo de la ambición, la orientación de un oficio, la idea del sacrificio, la incompreensión de la crítica, la terquedad de la ficción, el poder de la imaginación, el valor de la palabra, el peligro del fanatismo, el aprecio a la sencillez, la importancia de la obra, el espejismo de la ambición y de la fama, el sentido del prestigio, el proceso de la escritura, el fervor por la disciplina, la noción del eterno comienzo, el reto de la integridad, la urgencia de cambiar al mundo, el afecto por los talleres literarios.

En él encontramos cierta dicha nostálgica y la aceptación de la historia biográfica que le precede, historia colmada de esfuerzos e ilusiones, tentativa de dar una idea del espíritu y de la brega de un escritor.

Esta noche de noviembre, un breve y lúcido itinerario.

GABRIEL ARTURO CASTRO



Una novela hecha con los restos de todas las novelas

John Smith McCullagh y su perseguidor perseguido

Carlos Castillo Cardona

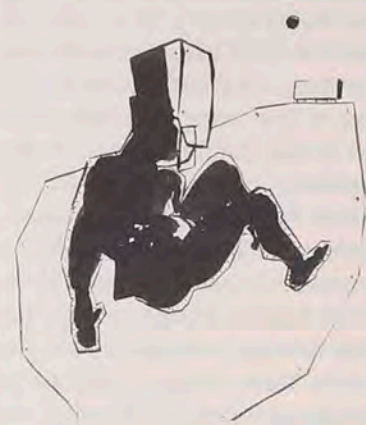
Alfaguara, Bogotá, 2003, 298 págs.

Carlos Castillo Cardona nació en Barcelona (España) y desde 1949 vive en Colombia. Participó en los inicios del movimiento teatral colombiano, con Fausto Cabrera, también español, Santiago García y el grupo experimental El Búho. Ese trabajo como actor lo marcaría de modo definitivo. Luego estudió sociología en la Universidad Nacional en la época en que dicha facultad desplegaba un incisivo carácter crítico de la realidad colombiana, ejemplarizado en figuras como el sacerdote Camilo Torres y el ensayista Orlando Fals Borda. La investigación también debía ser participación. Funcionario de la Unicef luego, y consejero presidencial para la política social, en el gobierno de Ernesto Samper, nunca ha dejado de escuchar las engañosas sirenas del arte, al escribir con sensibilidad sobre pintores como Juan Antonio Roda, María Paz Jaramillo y el arquitecto Rogelio Salmona. Recopiló igualmente volúmenes como el titulado *Vida urbana y urbanismo* (1977), de carácter colectivo.

Ahora, en esta su primera novela, busca exorcizar sus fantasmas de cumplido funcionario internacional y hacernos cómplices regocijados de sus delirios. Ya que esta novela-farsa, ambientada en la costa pacífica del Ecuador, en la provincia de Esmeraldas, resulta un gozoso juego de burla e irrisión sobre esos organismos internacionales de cooperación, esas ONG que buscan ayudar a los países subdesarrollados con vigorosos planes de aparente desarrollo.

Solo que esa Madre Superiora, como llama el narrador al remoto jefe suyo, y en verdad a toda la organización, lo que en definitiva hace es re-

cubrir, adular, camuflar y disimular la realidad monda y lironda con una espejeante columna de humo verbal, en informes, planes, diagnósticos y tediosas reuniones concertadas con la sociedad civil, que justifican y dan razón de ser a esta mal disimulada invasión extranjera. Y que no dejan de propiciar un entramado de fraudes, corruptelas, comisiones e intermediarios nativos, que terminan, en definitiva, por favorecer a los capitostes de ambas partes. Unos, con flamantes títulos universitarios; otros, con recursiva malicia indígena. Aun cuando, cómo no, aparecen indígenas adulterados, no nos adelantemos. Como en una vieja novela de detectives y espías ingleses, ambientada en lugares exóticos, un hombre, en Dacca (Asia), intenta ordenar sus fragmentarios escritos antes de ser eliminado por los sicarios de JSM (John Smith McCullagh).



Reflexiones sobre la inutilidad de la fantasía para esclarecer los hechos y conciencia lúcida acerca de la inutilidad de su empeño. El poder de JSM terminará por hacerlos suyos y tergiversarlos a su gusto. Sólo que toda esta proliferación nociva de siglas (Ideal: Instituto de Desarrollo Armónico y Legal) esconde, como ya sugerimos, miserias menos altruistas. Realidades mucho más mediocres.

Pero este recuento liberador de la tontería burocrática encierra dentro de sí una segunda novela. La intentada novela que el aburrido y escéptico funcionario va armando con lo que ve y con el prisma deformante de la literatura. Como en *La vorágine* de Rivera, *La casa verde* de Vargas